

pla con optimismo. La única alternativa es la paciencia -don natural en los pueblos de desiertos- en contraposición a la celeridad prevista por los japoneses: trenes que circularán a 400 Km/hora, aviones hipersónicos, turismo espacial y su flota faenando en el banco pesquero canario-saharai sin límites de velocidad.

### **Futuro**

Esperar una mejor coyuntura. Pudiera ser que con la prevista entrada en la OTAN Ceuta y Melilla dejen de ser españolas, pudiera ser que el enfrentamiento por la sucesión entre los dos hijos de Hassan II y sus respectivas camarillas provocara cambios; pudiera ser que un estallido fundamentalista en Marruecos trastocara de tal modo las piezas en el tablero que fueran los saharais los encargados de frenar el contagio hacia el sur de los integristas...

Pero pudiera ser, también, que todo siguiera como está, que la paciencia saharai se acabara y que se vieran obligados -los saharais, perdida su paciencia infinita- a recurrir a lo que tuvieron siempre a su alcance y siempre trataron de evitar: acciones terroristas. Que no consistirán, seguramente, en inocular virus informáticos en las defensas enemigas. Y, a lo mejor, pudieran salpicarnos.

## **Ken Saro-Wiwa y el ecologismo de los pobres de la Tierra**

Vistas desde el Sur, las cosas adoptan la mezcla de dureza y claridad del pedernal. Para Tewolde Berhan G. Egziabher, profesor de la universidad Addis Ababa de Etiopía, en el mundo coexisten pueblos de dos tipos. Los pueblos que viven de los recursos de su ecosistema. Y los pueblos que vivimos de toda la biosfera. Como los segundos acaparamos cada vez más recursos planetarios, los pueblos que viven de su ecosistema próximo tienen cada vez menos para ellos. La trama del conflicto Norte-Sur se entreteje así con la urdimbre de la crisis ambiental.

Los ogoni del delta del Níger son un típico pueblo de ecosistema. La *hermana* Shell que explota el petróleo de su subsuelo es uno de los largos tentáculos de la civilización que acapara los recursos de la biosfera. Concretamente, el que les ha tocado en suerte a ellos. Dentro de la pobreza material que caracteriza a los que viven de su ecosistema, los ogoni eran algo afortunados. La pesca y los suelos del Delta del Níger les aseguraban un sustento holgado. Hasta que la Shell se los perforó por todas partes para extraer petróleo. Sin pedir

*"En el mundo coexisten pueblos de dos tipos. Los pueblos que viven de los recursos de su ecosistema. Y los pueblos que vivimos de toda la biosfera"*

Nota editorial publicada en el número 64 de la revista *Mientras Tanto*.

*"A la próxima víctima del ecologismo de los pobres de la Tierra le llamaremos el Ken Saro-Wiwa de otra parte"*

permiso ni pagarles nada a ellos. De la forma chapucera y prepotente que caracteriza el código de conducta de las multinacionales ante los pueblos de ecosistema.

Las fugas, los vertidos y los incendios contaminaron la región, arruinaron muchos campos y redujeron los bancos de pesca. El hambre y las privaciones materiales crecientes vinieron de la mano del deterioro ambiental. Sin compensación alguna para los ogoni. La Shell sólo paga a los dictadores de la capital. Para Ken Saro-Wiwa, y para todo el movimiento por la supervivencia del pueblo ogoni y su medio ambiente, las cosas estaban claras. Luchar por su ecosistema es luchar por sobrevivir. Para sobrevivir como pueblo, material y culturalmente, necesitan salvar su ecosistema deltaico. Sus enemigos son la Shell y el gobierno. Su única arma es la no violencia. Con otras, no tendrían ninguna posibilidad frente a un enemigo armado hasta los dientes. "Si matan a veinte, saldremos cuarenta", decía Ken Saro-Wiwa en sus alocuciones. Así de sencillo. Así de elemental.

La espiral acción-represión se agudizó a medida que la voz de Saro-Wiwa y el movimiento por la supervivencia del pueblo ogoni llegaba a foros internacionales, como las celebraciones de la década de los pueblos indígenas organizada por Naciones Unidas. Los informes internos de la Shell alertaban a su sede central en Londres del peligro de esa voz, y recomendaban seguir todos los pasos de Saro-Wiwa. Mientras tanto, el ejército empezó a organizar matanzas ejemplares cada vez más sanguinarias. Asaltaba pacíficos poblados con armamento pesado. Asesinaba y

mutilaba a todo aquél que no consiguiera huir. Luego, para dejar las cosas claras, derruía e incendiaba todas las casas y tapaba los árboles frutales. También la dictadura militar sabía que la supervivencia del pueblo agonía y su ecosistema son dos caras de lo mismo.

Los asesores del dictador le sugirieron una vía más directa para librarse de Saro-Wiwa, que los continuos arrestos y las reiteradas amenazas a que le sometían.

Camuflaron de un supuesto enfrentamiento tribal que nunca ha existido en la región las acciones de represalia del ejército sobre los poblados. Asesinaron a varios dirigentes agonía. Y luego, en una farsa de juicio, declararon culpables de esos asesinatos a Saro-Wiwa y otros ocho líderes del movimiento por la supervivencia del pueblo agonía. Pese a las peticiones de clemencia de todo el mundo -incluidas las lágrimas de cocodrilo de la propia Shell vertidas de cara a la galería-, el dictador los ahorcó el pasado mes de noviembre.

Ken Saro-Wiwa es el Chico Mendes del delta del Níger. A la próxima víctima del ecologismo de los pobres de la Tierra le llamaremos el Ken Saro-Wiwa de otra parte. Por aquí no compartimos una *Commonwealth* con la dictadura nigeriana. ¿No mantenemos, sin embargo, otra clase de *commonwealth* con la Shell? ¿Cuándo empezaremos a cortar en el Norte el cordón umbilical que nos une a la implacable condena a muerte de los pueblos que viven de su ecosistema?